

La diáspora del Caribe en Estados Unidos

AARON SEGAL*

Los pueblos del Caribe constituyen la corriente de inmigración más importante y reciente de Estados Unidos. Los antillanos que residen legalmente en dicho país suman más de 1 850 000; pero se calcula que en total, y tomando en cuenta los inmigrantes ilegales, la cifra llega a 2 310 000. Cada grupo étnico del Caribe se esfuerza por conservar su identidad cultural y lingüística, por extender sus vínculos con su país de origen y por permitir a sus miembros competir venturosamente en la móvil sociedad estadounidense. La diáspora del Caribe está agregando un capítulo, nuevo y vital, al carácter y a la experiencia heterogéneas de la sociedad de Estados Unidos.

La emigración del Caribe es una respuesta, tanto a los factores de "rechazo" de unas islas pequeñas, densamente pobladas, pero con pocos recursos naturales excepto sol, arena y litorales, cuanto a las influencias de "atracción" que ejercen los niveles de vida y las oportunidades mejores de ultramar. Desde 1946, más del 10% de la población total del Caribe ha salido permanentemente de la región para fijar su residencia en Canadá, Estados Unidos o Europa occidental. Esta corriente de salida, de tres millones de personas, es la mayor migración internacional permanente habida desde la segunda guerra mundial, aunque en cantidades absolutas resulta inferior al número de trabajadores migratorios temporales procedentes de África del Norte y de Europa meridional empleados en diversos tiempos en la Comunidad Económica Europea. A diferencia de los trabajadores migratorios europeos "con un propósito", que buscan ganar lo suficiente para ahorrar y volver a casa, la mayoría de los migrantes del Caribe se establecen en el extranjero con todo y sus familias. Además, se llevan consigo las costumbres, hábitos alimenticios, culturas y valores de sus patrias.

En esta diáspora del Caribe influye una mezcla compleja de leyes de inmigración, medios de transporte y variables económicas y sociales. Provenza de Puerto Rico o Trinidad, de Guyana o de la República Dominicana, la diáspora se compone primordialmente de jóvenes de uno y otro sexo, entre los 20 y los 35 años, capacitados o semicapacitados y con niveles de instrucción ligeramente superiores a los de sus conciudadanos. De cada comunidad sale un número importante de profesionales y técnicos con muy buena instrucción: la fuga visible de cerebros, tan aguda en el Caribe como en cualquier otra parte del globo. Atrás se quedan los muy jóvenes y los viejos; con frecuencia los niños se educan en el hogar, al cuidado de los parientes mayores, mientras los padres trabajan en el extranjero aunque, cuando las circunstancias lo permiten, la familia se vuelve a reunir.

Las leyes migratorias desempeñan un papel crítico, aunque no todopoderoso en el destino de la diáspora. Los de Puerto Rico y de las Islas Vírgenes, como ciudadanos que son de Estados Unidos, pueden entrar y salir de este país sin ninguna restricción. Consecuencia de ello es que resulta

difícil calcular siquiera las dimensiones de su migración. A partir de 1959, los refugiados cubanos han tenido una situación jurídica especial dentro de las leyes de migración de Estados Unidos; aun aquellos que al principio emigraron a España o a países de América Latina, están aprovechándose de esas leyes para reemigrar a Estados Unidos. Se calcula que pronto el 95% de los 650 000 refugiados cubanos estarán viviendo ya en Estados Unidos, más de la mitad en la región de Miami. Literalmente, ahí está naciendo una comunidad cubanoestadounidense.

Los Países Bajos conceden la plena ciudadanía a los nacionales de las Antillas Holandesas y de Surinam. A pesar de algunas fricciones y tensiones de origen racial habidas en Holanda, con frecuencia relacionadas con la escasez de viviendas, se espera que la emigración sin restricciones continúe después de la independencia de Surinam, ocurrida a fines de 1975. El Gobierno holandés ha hecho grandes esfuerzos para facilitar la asimilación económica y social de sus ciudadanos del Caribe, cuyo número asciende quizá a unos 50 000, y de la comunidad indonesioholandesa, que es mucho mayor y más antigua.

Desde el punto de vista jurídico, Francia conserva las islas de Guadalupe y Martinica como departamentos de ultramar. Sus 700 000 habitantes disfrutan, pues, de todos los derechos de los ciudadanos franceses, incluso el de entrar y salir de la metrópoli sin la menor restricción. Quizá unos 200 000 antillanos franceses, negros y morenos, han fijado su residencia permanente en Francia desde 1950; un 20% de ellos bajo el programa especial del Gobierno francés para contratar, capacitar y dar alojamiento, gastos de viaje y empleo a los inmigrantes capacitados, por ejemplo, ayudantes de enfermería, operadores de máquinas, etc. El Gobierno francés gasta de 5 000 a 10 000 dólares en cada uno de los 6 000 inmigrantes antillanos que recibe anualmente, pero no proporciona elementos comparables a los millones de inmigrantes temporales procedentes de Argelia, Portugal, España e Italia, y de otros países, cuyas enormes barriadas afean los alrededores de París.

Hasta 1962 el Reino Unido practicó virtualmente una política de puertas abiertas para los residentes de sus colonias de la Comunidad situadas en el Caribe. Pero, cuando en menos de 10 años subió a 250 000 el número de inmigrantes procedentes de las Indias Occidentales, el Gobierno inglés se aterró ante la posibilidad de una reacción racial, de modo que los regímenes conservadores y laboristas dieron curso a una serie de leyes de migración progresivamente más restrictivas. Su efecto ha sido reducir a una insignificancia la nueva inmigración; en su mayor parte se trata ya únicamente de familias que se reúnen y de profesionales. Los inmigrantes de las Antillas inglesas, que ya pasan de 300 000, se están convirtiendo rápidamente en Inglaterra en una comunidad de segunda generación, resuelta a preservar su sentido de identidad, a la vez que insiste en la plena igualdad social, económica y política. Falta por ver si el Gobierno inglés aplica la presión suficiente para mantener abiertas algunas puertas cerradas por razones raciales, que llevan a los puestos mejor remunerados.

* Coordinador Académico en el Instituto de Desarrollo Urbano y Regional, de Toluca, estado de México. El presente artículo se elaboró con datos tomados del libro del autor, *Population Policies in the Caribbean*, publicado en Lexington, Massachusetts, en 1975. [Traducción del inglés de Agustín Bárcena.]

Canadá, que es multiétnico, tiene en vigor una ley de inmigración que descansa en un sistema de puntos que se supone no discriminatorio, basado en la educación, las capacidades, el conocimiento de francés o de inglés y el parentesco con ciudadanos canadienses. Con 22 millones de habitantes, de los cuales el 90% vive en una franja de 160 km a partir de la frontera con Estados Unidos, el país tiene una geografía económica y una densidad de población particularmente deformadas. Con excepción del Gobierno Provincial de Quebec, se ha abandonado la política posterior a la segunda guerra mundial que tendió a favorecer la inmigración, sobre todo de europeos; periódicamente se manifiesta preocupación respecto a los niveles de desempleo y a la inmigración ilegal. Canadá no es ningún paraíso, pero desde 1950 su diáspora del Caribe ha subido a 120 000 personas, que en su mayoría viven en Toronto y Montreal. Los inmigrantes de las Indias Occidentales se han centrado en Toronto, y sus tiendas, clubes nocturnos y celebraciones de carnaval constituyen ahora grandes atracciones en esa ciudad. La situación de unos 10 000 a 15 000 haitianos, que viven principalmente en Montreal, ha recibido atención en la prensa debido a que el Gobierno ha querido deportar a un gran número de residentes ilegales, muchos de los cuales pretenden tener la condición de refugiados políticos. Todo indica que Canadá seguirá recibiendo cada año de 15 000 a 20 000 emigrantes del Caribe, que constituirán culturas étnicas urbanas, sanas y pujantes, que vendrán a sumarse a la rica diversidad del país.

Para bien o para mal, Estados Unidos se ha convertido en el punto focal de la evolución de la diáspora del Caribe. La Ley de Inmigración de 1964 fue concebida y aprobada como una medida liberal para poner fin a más de 40 años de discriminación étnica y racial conforme a las leyes de 1921 y 1924 que establecían cuotas de nacionalidad basadas en las cifras de inmigración de 1880 a 1890. Como sucede con harta frecuencia, la legislación de tipo liberal destinada a rectificar errores anteriores se convierte en fuente de graves problemas nuevos. La Ley de 1964 basó la inmigración en el criterio doble de tener capacidades poco comunes en Estados Unidos y el grado de parentesco con ciudadanos estadounidenses dispuestos a responder por el inmigrante. Por primera vez se fijó una cuota general de unas 500 000 personas, asignándose 125 000 inmigrantes anuales del Caribe y de la América Latina conforme a ambos criterios. Esa fue también la primera vez que se asignó una cuota de cualquier índole a dichas regiones. Reformas y cláusulas especiales exceptuaron de los criterios y cuotas normales a los refugiados cubanos y, posteriormente, a individuos procedentes de Hong Kong, Vietnam y de otros puntos, que huyeran del comunismo.

No es satisfactoria la Ley de Inmigración en vigor. Su acento en las capacidades escasas en Estados Unidos contribuye a la baldante fuga de cerebros, en especial en países tales como Haití, Trinidad y las Filipinas. En un momento en que miles de estadounidenses deben estudiar medicina en el extranjero debido a la falta de elementos en su país, las leyes de inmigración contribuyen a la contratación deliberada de médicos extranjeros para integrar el personal de instituciones públicas sobrecargadas de trabajo. La documentación necesaria, los gastos y la demora de varios años que implica llevar a los familiares a Estados Unidos es una carga injusta sobre millones de estadounidenses inmigrados cuyas familias

han sido separadas arbitrariamente. El injusto sistema de cuotas y capacidades priva a muchos otros de la oportunidad de vivir y trabajar en Estados Unidos y fomenta la numerosa inmigración ilegal. El Servicio de Inmigración y Naturalización (INS) tiene a su cargo la ingrata y desesperanzada tarea de hacer que se respeten leyes que no se pueden hacer cumplir y se ha convertido en una oficina federal incompetente, corrompida y carente de entusiasmo. Los tribunales están atascados con el cúmulo de casos de inmigración no resueltos; la violación de los derechos individuales al buscar a extranjeros que han ingresado de manera ilegal al país ha enfurecido a mexicanoestadounidenses, puertorriqueños y otros grupos; además, la política étnica del país se ha sobrecargado con tensiones de tipo migratorio. El Departamento de Estado, que se encarga de aplicar la ley en el extranjero, está igualmente sobrecargado, y miles de personas atiborran todos los días los consulados de Estados Unidos en Kingston, la ciudad de México, Santo Domingo y otros puntos. El contrabando de trabajadores ilegales se ha convertido en un gran negocio internacional que causa enorme daño al prestigio y a la justicia de Estados Unidos.

Dado que es a dicho país al que se dirigen mayormente los emigrantes potenciales del Caribe, es esta región la que más ha resentido el embate de las leyes estadounidenses. La mayoría de las sociedades del Caribe se componen de 50% o más de personas menores de 20 años. Se hacen grandes esfuerzos por reducir la fertilidad, pero el gran número de jóvenes que entran en las edades fértiles significa que las poblaciones seguirán creciendo a razón de 2 a 3 por ciento al año. A la agricultura tradicional le faltan suelos nuevos y otros nutrientes, las plantaciones se mecanizan rápidamente y la industria, el turismo y los servicios no pueden proporcionar suficientes empleos para los que ingresan a la fuerza de trabajo. El 10% de la población total que emigró de manera permanente de 1945 a 1975 representó quizá de 20 a 25 por ciento de la fuerza de trabajo potencial. Muchas sociedades del Caribe necesitarán exportar cifras comparables de habitantes por cuando menos otro decenio si quieren evitar el desempleo en masa y el descontento social. Aun Cuba, que afirma haber logrado el empleo total, tiene un ejército permanente de 250 000 hombres y una milicia numerosa.

Lo que está ocurriendo es que, legal o ilegalmente, la diáspora del Caribe en Estados Unidos sigue creciendo anualmente a razón de unas 300 000 a 400 000 personas. Los puertorriqueños entran y salen por lo general en respuesta a las fluctuaciones económicas. Los 900 000 que residen en Estados Unidos no incluyen a cuando menos 50 000, muchos de ellos profesionales, que han regresado a su patria para aprovechar nuevas oportunidades de trabajo que se han abierto ahí. En 1946 empezó la migración de puertorriqueños en gran escala debido a los vuelos muy baratos en aviones sobrantes de la guerra. Los pasajes de ida y vuelta, que costaban de 100 a 150 dólares, dieron la posibilidad de un estrecho contacto cultural entre los puertorriqueños y la primera y la segunda generación de puertorriqueñoestadounidenses a pesar de las muchas diferencias entre ellos. A veces se enredan penosamente la política de Puerto Rico y la de Estados Unidos, como indican los recientes bombazos; además, los puertorriqueñoestadounidenses forman en su mayoría un ghetto urbano de bajos ingresos y enormes problemas culturales y sociales. Sin embargo, casi no hay duda de que se fundirán o asimilarán en el país, en vez de convertirse en

un nuevo grupo étnico, vinculado más estrechamente a su madre patria que los estadounidenses de origen italiano, polaco, etc., pero también atrapado más dramáticamente en el trauma de la norteamericanización.

En muchos respectos resulta instructivo el caso de los refugiados cubanos. Los cubanoestadounidenses, un grupo que en su inmensa mayoría estaba compuesto de profesionales, técnicos y hombres de empresa altamente capacitados, aprovecharon la cuantiosa ayuda federal, el primer esfuerzo de este tipo a excepción de la otorgada a los refugiados húngaros de 1956. La inversión ha producido amplísimas ganancias pues los cubanos han dejado de estar en las listas de ayuda gubernamental, han rehecho el centro de Miami a imagen de La Habana prerrevolucionaria y han dejado tras ellos una estela de prosperidad. No puede menos que preguntarse si sumas semejantes, es decir, unos 5 000 dólares por familia, invertidas en otros grupos de inmigrantes podrían tener mejores resultados que el actual *laissez-faire*. Por mucho que se quiera objetar su política comprensiblemente conservadora, debe reconocerse que los cubanoestadounidenses constituyen una historia venturosa de la inmigración posterior a la segunda guerra mundial. No cabe la menor duda de que sus hijos conservan un fiero sentido de identidad cubana y estadounidense, la forja de una nueva etnicidad.

Lo que resulta iluminador en el caso de los cubanoestadounidenses es el fracaso de la política federal de asimilación. Ansiosas por evitar los problemas políticos resultantes de una numerosa concentración de refugiados en Miami, las dependencias federales se valieron de incentivos monetarios y de otra índole para dispersar a los cubanos en todo el país. El resultado fue un fracaso total. Los cubanos echaron de menos a sus compatriotas, bares y restaurantes, y también al sol y al mar, y regresaron a Miami, donde hoy reside más de la mitad, y tienen éxito. Tanto, que el inglés y el español son ahora oficialmente los idiomas del condado Dade y se enseñan en pie de igualdad en las escuelas públicas. Los cubanoestadounidenses han llegado a ser una fuerza votante decisiva de la política local y por su organización superaron rápidamente a los negros. Miami se está convirtiendo en una ciudad bicultural, la metrópoli más latina de Estados Unidos, un centro de gran importancia para los visitantes y hombres de empresa del Caribe y América Latina, e, irónicamente, un nuevo punto de entrada y residencia de inmigrantes, legales e ilegales, de Colombia, Ecuador, Haití y de otras partes.

La República Dominicana y Haití son las únicas sociedades del Caribe que nunca han tenido emigración legal irrestricta. Esto no ha impedido que no menos de 400 000 personas hayan abandonado la dividida isla Hispaniola en los últimos 20 años, en su mayoría con destino a Estados Unidos. La cercanía cultural y física y los vuelos baratos a Puerto Rico permiten a los dominicanos hacerse pasar por puertorriqueños y llegar a Nueva York. El Harlem español se está volviendo más y más el Harlem dominicano, a medida que los primeros inmigrantes de Puerto Rico se mueven hacia arriba, hacia las zonas de clase media de Brooklyn. Aunque los dominicanos se han desempeñado bien en el beisbol y en el diseño de modas, su comunidad neoyorquina está compuesta en su mayoría por gente no capacitada, de bajos ingresos, dividida por facciones, disputas políticas, aislamiento social; además están acosados por el temor de ser

sorprendidos y deportados. Los dominicanos van y vienen a su patria y es frecuente que se consideren como inmigrantes temporales que sólo esperan ahorrar lo suficiente para regresar permanentemente a su país. Los niños dominicanos tienen serios problemas emocionales y culturales en las escuelas de Nueva York, que todavía tienen que aprender a habérselas con una generación más antigua de puertorriqueños. Parece que a los inmigrantes dominicanos, sea en la industria del vestido o en las congestionadas escuelas, se les está pidiendo que paguen el mismo precio de privaciones que pagaron generaciones anteriores de inmigrantes.

Peor todavía es la condición de los haitianos. Muchos de los 10 000 o 15 000 que viven en Canadá y los aproximadamente 140 000 que están ilegalmente en Estados Unidos, se internaron como estudiantes, turistas, o dentro de otras categorías de no residentes. El 5 a 10 por ciento superior es de profesionales muy capacitados, pero aun ellos experimentan severos desajustes culturales y de lenguaje, y a menudo deben desempeñar trabajos semicalificados. De entre ellos ha surgido una clase media urbana superior, pequeña pero creciente, que vive en una sección del barrio Queens, cerca del aeropuerto Kennedy. Sin embargo, la mayoría de los haitianos inmigrantes se esconden en barriadas del Bronx o de Brooklyn, arañando el sustento en trabajos de subensamblado, de confección de ropa y servicios. Los problemas culturales y de idioma de sus hijos, que en casa hablan el *creole* haitiano, empiezan apenas a reconocerse en el sistema escolar de la ciudad de Nueva York.

Aunque unos cuantos centros de servicio católicos, protestantes y públicos empiezan a trabajar con los inmigrantes haitianos, éstos siguen aislados y olvidados. El ascenso al poder de François Duvalier, hijo, en 1971, después de la muerte de "Papá Doc", alivió las tensiones políticas, aunque la economía haitiana sigue estancada en los niveles más bajos de vida del Hemisferio occidental. Los inmigrantes sueñan con un regreso imposible, viven en ghettos haitianos y tienen poca o ninguna influencia en las instituciones que regulan sus vidas.

Los inmigrantes procedentes del Caribe inglés desde Alexander Hamilton, que nació en la isla Nevis, han tenido una influencia profunda en la sociedad de Estados Unidos. Aunque constituyen menos del 5% de la población negra del país, los antillanos de habla inglesa ejercen un influjo desproporcionado a su número en las artes, las letras, la política y otras esferas de la vida. Shirley Chisholm, diputada de Barbados, Mervyn Dymally, Vicegobernador de California, oriundo de Trinidad, el cantante Harry Belafonte, de Jamaica, y el actor Sidney Poitier, de las Bahamas, son sólo unas cuantas de las luminarias de las Antillas inglesas que viven en Estados Unidos, cuyo número total quizá represente casi el 50% de todos los miembros destacados de la población negra de Estados Unidos. Esta tendencia hacia los altos logros es el resultado directo de la inmigración de un grupo emprendedor, bien instruido y seguro de sí mismo, dotado del inglés como primer idioma, que tuvo varias generaciones de autogobierno local, altas normas educativas coloniales y una fuerte y ascendente movilidad social.

Unas 300 000 personas de las Antillas inglesas, 65% de las cuales son de Jamaica, están concentradas en Brooklyn, Queens, el norte de Nueva Jersey, la ciudades de Washington, Boston y Chicago. Según datos no publicados, ellas y sus

hijos forman quizá el grupo que más progresa en Estados Unidos: superan a los negros por cinco años de educación media, sus ingresos son iguales a los de la clase media blanca y rápidamente compran casas en los suburbios y hacen otras inversiones. Un paseo dominical por el centro de Brooklyn revela que las gasolineras, restaurantes, ferreterías y otros negocios que abren ese día son de jamaíquinos y están manejados por ellos. En tanto que los jamaíquinos se han inclinado hacia los negocios en pequeño, los inmigrantes de Barbados, siguiendo la costumbre de su isla, pulcra y pequeña, se han dedicado a los servicios públicos, mientras que los trinitarios ejercen las profesiones liberales.

Donde quiera que se han establecido los antillanos de habla inglesa han constituido clubes y sociedades y alegrado el vecindario con sus bandas de alientos y sus calipsos. Así, la Sociedad de las Indias Occidentales de Los Angeles, compuesta en su mayor parte por profesionales jóvenes, celebra una cena-baile anual en el Hotel Hilton, en la que toca una banda de alientos de Trinidad que se ha llevado por avión. Esto no quiere decir que no haya pobreza entre esos antillanos. Muchos de los que viven en la región de Nueva York están atrapados en trabajos de bajos ingresos y en ghettos ruinosos, y hay miles, que entraron con visas de estudiantes, que trabajan ilegalmente para apenas mantenerse. Sin embargo, lo que caracteriza a los antillanos de habla inglesa de Estados Unidos es su sentido de clan, su empuje, su capacidad para dirigir, su elevada instrucción, su orientación hacia el logro y, finalmente, su espíritu emprendedor, que son todos atributos utilizados para caracterizar a otros grupos étnicos, sean chinoestadounidenses o judíos. Las relaciones entre los antillanos y los negros de Estados Unidos suelen ser tensas, pues los negros resienten "el empuje" y "los aires de superiores" de dichos inmigrantes, en tanto que éstos se impacientan con la apatía y docilidad de aquéllos. Los antillanos de habla inglesa, por ejemplo, el finado Marcus Garvey, han sido los principales exponentes del panafricanismo como ideología que vincula a todos los pueblos africanos y a su diáspora. Con frecuencia sienten la política desde muy jóvenes, y, sean o no panafricanistas, tienen inclinación hacia la dirección política. En el caso de Estados Unidos, esto exige que se hagan aceptables para los ciudadanos blancos y negros por igual.

Este breve examen de la diáspora del Caribe indica hasta qué grado cada grupo étnico ha permanecido en contacto con su tierra natal. En ninguna parte se ha propiciado la asimilación ni se ha hecho verdaderamente viable el regreso en masa al Caribe. La batalla por lograr la igualdad política, social y económica dentro de Estados Unidos sigue siendo la meta principal, pero esa igualdad se define de tal suerte que incluya la representación étnica. Los puertorriqueños han ganado su batalla y obtuvieron que en las escuelas de Nueva York y otras ciudades se estudie español y el tema de Puerto Rico. Los dominicanos y haitianos apenas comienzan a prepararse para una lucha semejante. Los cubanos han logrado el control del sistema escolar de Miami y asegurarán así la educación bicultural y biétnica para sus hijos. Los antillanos de habla inglesa han dependido sobre todo de la fuerte disciplina familiar y hogareña para propagar su cultura y sus valores, y los estudios sobre sus islas se han añadido con frecuencia a los programas de estudios negros y africanos. El que noche tras noche se haya llenado el Madison Square Garden para oír conciertos de calipso de *The Might*

Sparrow, de Trinidad, es sin duda un indicio mejor de la indeclinable fuerza de la etnicidad de los antillanos de habla inglesa.

La evolución de las leyes de inmigración se avizora como uno de los factores más importantes para el futuro de la diáspora del Caribe. Por ejemplo, hace poco Canadá hizo más estricta su ley de inmigración, así como su cumplimiento, ofreciendo a la vez amnistía a todos los inmigrantes ilegales que demostraron tener tres años de residencia, empleo y buena conducta. El resultado fue legalizar la situación en Canadá de la mayoría de los caribeños, a la vez que obtener seguridad de que los futuros inmigrantes serán predominantemente profesionales y técnicos calificados. Por ello, la diáspora del Caribe que reside en Canadá puede esperar un crecimiento lento y firme, y que llegue el tiempo, quizá dentro de unos 30 años, en que la primera generación nacida en Canadá sea más numerosa que las inmigraciones. Debido a la pequeñez de la comunidad, la incidencia de los matrimonios entre canadienses y caribeños será probablemente alta, lo cual acelerará quizá la asimilación a Canadá. Un escritor de Barbados, Austin Clarke, es autor de una buena trilogía de novelas que trata de los antillanos que viven en Toronto y que aborda el problema de aquel tipo de matrimonios. Entre tanto, Francia, Holanda y el Reino Unido no dan muestras de cambiar sus leyes y políticas de inmigración, lo que quiere decir que continuará la actual situación de sus minorías.

En Estados Unidos se libra una batalla política sobre el futuro de su ley de inmigración. La recesión económica ha dado fuerza a la exigencia de que se multe a los patrones que acepten trabajadores ilegales, de que se vigore el cumplimiento de las facultades del INS y de que se usen otros medios para reducir el número de inmigrantes ilegales. Se trata de un problema general, no del Caribe; según cálculos burdos, de México procede el mayor número de inmigrantes ilegales (de 2 a 5 millones), en tanto que el Caribe ocupa el segundo lugar (500 000) y América del Sur el tercero con 300 000. Como no hay base confiable para calcular su número, en especial de aquellos que entran sin visa, estos datos constituyen sólo conjeturas. Conforme a otras propuestas se habla de una amnistía general, según el ejemplo de Canadá, y de cambiar el sistema de cuotas y criterios, implantando una cifra global de un millón al año, sin límites geográficos, y haciendo depender la admisión de grados de parentesco más amplios y de categorías de capacitación más generales. Debe notarse que según las leyes estadounidenses actuales, probablemente el 90% de los inmigrantes nunca hubieran desembarcado, incluyendo a algunos de los Padres Fundadores. En la actualidad lo probable es que no se apruebe ninguna ley nueva, sea que haga más difícil o más liberal la inmigración. Ello significa que continuará la actual mezcla de inmigración legal e ilegal, con sus efectos debilitadores sobre todos los que están relacionados con el problema, especialmente sobre la evolución de comunidades diaspóricas con sólidos fundamentos. Podría lograrse un consenso político respecto a la amnistía, sobre todo si la apoya la AFL-CIO, que no esté vinculado a ninguna otra legislación. Ello por lo menos quitaría a millones de individuos el diario temor a la deportación y permitiría mejorar sueldos y otras condiciones de trabajo. Empero, sin importar lo que ocurra, la diáspora del Caribe es ya una parte permanente y creativa de la sociedad estadounidense. □